

## **Dr. Robert Yarbrough, Las Epístolas Juaninas, Equilibrando la Vida en Cristo; Sesión 8, 1 Juan, Fe en su Plenitud. Sección 6 [4:15-5:15] Instrucción Necesaria, Sección 7 [5:16-21] Amonestación Final**

Este es el Dr. Robert Yarbrough y su enseñanza sobre las Epístolas Juanas, Equilibrando la Vida en Cristo. Esta es la sesión 8, 1 Juan, Fe a Gran Escala. Sección 6, [4:15-5:15] Instrucción Necesaria; Sección 7, [5:16-21] Amonestación Final.

Llegamos a la última de nuestras conferencias sobre las Cartas de Juan, y hablamos de ellas, especialmente en términos de equilibrar la vida en Cristo. Esta vida comienza con la fe en Jesús y florece en la obediencia a sus mandamientos y en vivir como él. Pero lo que hace que todo esto sea vivo y real es que el amor de Dios entra en nuestras vidas y tenemos una relación personal con Dios, por lo que tenemos fe y respondemos a las enseñanzas de Cristo, las enseñanzas de las Escrituras, las enseñanzas del Antiguo y el Nuevo Testamento, en la medida en que sean relevantes para nuestro tiempo y nuestras vidas.

La fe, las obras y el amor son los elementos que dan origen a la vida cristiana completa y equilibrada. A estas conferencias, sobre el primer Juan, las llamo fe plena, fe completa, o podría llamarse fe integral. Es todo lo que la fe debería ser.

No se trata solo de creer en alguna idea o doctrina, ni siquiera de creer en la verdad sobre Jesús. Es confiar en Cristo de tal manera que Dios entra en nuestras vidas por su Espíritu y transforma nuestra devoción. Nuestra devoción, quizás, era hacia nosotros mismos o simplemente para ganarnos la vida.

Nuestra devoción se transforma en priorizar las prioridades de Dios y no las nuestras, y en encontrar nuestra dirección y enfoque en el consejo de Dios, su guía, su reino, y no en el que podríamos haber estado construyendo por nuestra cuenta. Así pues, hemos analizado varias secciones. Hemos visto la carga central de 1 Juan: Dios es luz.

Hemos visto el mandamiento central, que consiste en encarnar el mensaje ancestral de amarnos unos a otros. Hemos hablado del consejo clave de Juan: permanecer en Cristo y recibir la vida eterna. Hemos considerado su advertencia, que también es un estímulo para amarnos unos a otros, para no ser odiosos como Caín y matar a Abel.

En la última lección, terminamos hablando del imperativo fundamental. Si hay un mandato que surge de 1 Juan, junto con la fe, la verdad sobre Cristo y la calidad de la relación con Dios que llamamos amor, es amarnos unos a otros, y eso surge del amor de Dios. Y concluimos ahora analizando las dos últimas secciones, que provienen de la forma en que se dividió el Nuevo Testamento griego en el período bizantino.

Antes de que las versiones en inglés tuvieran sus capítulos y versículos, la iglesia bizantina, durante mil años y probablemente aún hoy, al leer la Biblia en el culto, observaba estas divisiones. Así que sigo estas divisiones y describo lo que veo en cada una, y así es como divido 1 Juan. Lo hace parecer un poco diferente a los cinco capítulos, pero en parte es intencional.

Sé que todos han leído 1 Juan. Es un libro sencillo y breve.

Sabes cuáles son los cinco capítulos, y me ayuda a verlo de otra manera ver cómo otras personas lo dividieron a lo largo de mil años, y cómo les pareció lógico de esta manera. Por eso, intento que diga algo diferente al verlo en otro orden. Aquí hay dos secciones.

Una es una instrucción necesaria, relacionada con creer en Jesús. Y luego hay una admonición final, y las analizaremos sucesivamente. Primero, la sección 6, instrucción necesaria: creer en Jesucristo, el Hijo de Dios.

Y vemos que esto se divide en cinco subsecciones, y las leeré a medida que avanzamos, de la A a la E. Primero, recibimos una invitación, pero esta invitación es en realidad una declaración, y es una invitación con fundamento. Juan presenta una garantía: quien confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios.

Así que hemos llegado a conocer y creer en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él. Observen todas las letras rojas en esa sección amarilla, lo cual nos recuerda cuán centrada en Dios y Cristo es 1 Juan en general.

Es un libro sobre Dios. Es un libro sobre Cristo. Podemos decir lo mismo de esos versículos: acabamos de leer algo maravilloso.

La confesión de Jesús es válida para quien confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, y lo dice en el sentido pleno y pleno de todos los demás pasajes de sus cartas donde habla de Jesús, de Jesús encarnado, de Jesús como propiciación por nuestros pecados, de Jesús como el Cristo, el Mesías, el libertador prometido por Dios. Quien confiesa que Jesús abre la puerta, esa confesión abre la puerta a la presencia y la seguridad de Dios. Dios permanece en él, y él en él, y esto se confirma por el amor de los creyentes.

Hemos llegado a conocer y creer en el amor que Dios nos tiene, y Dios es amor, y quien permanece en amor permanece en Dios, y Dios en él. Así que, la segunda mitad, el versículo 16, fíjense, surge de la confesión, la verdadera confesión de Jesús.

Por eso, a la gente le gusta separar esto y reducir el cristianismo al amor, amarse unos a otros o guardar sus mandamientos.

Pero vemos una y otra vez en Juan que una de estas cosas surge de la otra. Es una implicación de la otra, y nunca podemos separarlas. Así que, al examinar esta sección general, esta instrucción necesaria, comenzamos primero con esta invitación a confesar, a creer, a amar.

Entonces recibimos una recomendación de este amor, porque este amor se ha perfeccionado en nosotros para que tengamos confianza en el día del juicio, porque como él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor, pues el temor conlleva castigo, y quien teme no ha sido perfeccionado en el amor. Amamos porque él nos amó primero.

Si alguien dice «Amo a Dios» y odia a su hermano, es un mentiroso. Porque quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. En este mandamiento, tenemos de él que quien ama a Dios debe amar también a su hermano. Observe el versículo 17, que la expresión de amor de un creyente es una ofensa contra el temor al juicio.

Este amor se perfecciona para que tengamos confianza en el día del juicio. No necesitamos pensar en el juicio constantemente, pero hay momentos en que sí lo haremos, y hay momentos en que deberíamos hacerlo, porque esta es una de las promesas y acciones de Dios. Dios defiende la justicia en el mundo, y a nivel personal, social e histórico, con el paso del tiempo, las cosas suben y bajan, y a menudo podemos correlacionarlas con la decadencia de las personas.

En la Biblia, vemos una y otra vez a Dios juzgando a la gente, y la Biblia enseña, como Hebreos, que está establecido que el hombre muera una sola vez, y después de esto viene el juicio. Por eso, queremos enfatizar la vida, el amor, la fe y la obediencia a Dios, pero somos necios si negamos la realidad de que algún día moriremos y seremos juzgados. ¿Cómo vivimos? ¿En quién confiamos? ¿Cómo amamos? Y uno de los beneficios de conocer el amor de Dios y dejar que se perfeccione en nosotros es que nos protege del temor al juicio, porque a medida que crecemos en ese amor, nos damos cuenta de que Dios nos ha reclamado y no nos condenará.

Como dice Pablo, no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. Una segunda enseñanza de la letra B es la recomendación del amor: nuestro amor nace del amor previo de Dios por nosotros. Juan 1:13 dice que nacimos de Dios.

Dios intervino en nuestra redención con una influencia mayor que la nuestra al creer. Y el versículo 19 dice, muy brevemente, que amamos, si tenemos una relación con Dios por la fe en Cristo, el amor que tenemos surge de lo que él hizo primero por nosotros, y se manifiesta continuamente en nuestra vida. Esta es una muestra de

amor que nos hace el gran favor de dejar inequívocamente claro de dónde proviene nuestro amor en su máxima expresión.

Proviene de una obra de Dios. En tercer lugar, amar a Dios sin amar a los demás creyentes es una contradicción. No puedes decir con autenticidad: «Amo a Dios» y despreciar a tu hermano, porque si no amas a tu hermano, a quien ves, no puedes amar a Dios, a quien no ves.

Es una lógica irrefutable. A continuación, hay una recomendación de fe, pero de cierto tipo. Voy a usar un poco de ingenio y añadir la frase en latín.

Elogio de la fe en el sentido de *fides qua creditor*, y esto puede definirse, en latín, como la fe por la que creemos, o mi fe, o nuestra fe personal, y esto contrasta con otro sentido de fe que abordaré en breve. Pero aquí Juan elogia la fe personal en Cristo. Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios, y todo el que ama al Padre ama a quien ha nacido de él.

Probablemente se refiere a otros creyentes, pero este es el amor de Dios: que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo, y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe. ¿Quién vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Ahora bien, esto es una contradicción en términos de fe y es una contradicción en términos de amor.

Observemos, en primer lugar, que la fe es un verbo que surge de la obra regeneradora de Dios y resulta en amor. Todo aquel que cree... Ama, y creer que no es un concepto estático, es una acción. Es una proyección de mi capacidad de decidir y comprometerme con Jesucristo.

Así que voy a acuñar una palabra: fe, ya saben, fe como acción. Fe resulta en amar y obedecer a Dios (versículos 2 y 3). Con esto, sabemos que amamos cuando amamos y obedecemos. Así, pasa de creer en el versículo 1 a amar y obedecer en los versículos 2 y 3. Y esos mandamientos que obedecemos, seamos honestos, a veces parecen pesados, pero cuando tenemos un corazón recto, los mandamientos de Dios son un deleite.

Bendito sea quien no sigue el consejo de los malvados, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se sienta en la silla de los escarnecedores, sino que se deleita en la Torá, la guía, la enseñanza del Señor. Y en su Torá, en su enseñanza, medita día y noche. La fe resulta en un amor a Dios que aprende a deleitarse en hacer lo que le agrada.

Número 3: mediante nuestra fe, nuestra creencia (recuerden que aquí hablamos de un verbo), mediante nuestra creencia se alcanza la victoria sobre el mundo. Porque

esta fe invita a Cristo a entrar en el escenario de nuestras vidas, en el centro de nuestra existencia y en todo el horizonte de nuestra perspectiva. La fe vence al mundo, que es un rival de Dios en la terminología de Juan, porque la fe trae a Jesús, el Hijo de Dios, a la escena.

Así que, Juan elogia la fe personal aquí al dar la instrucción necesaria. Es fundamental que seamos confirmados en la enseñanza de que debemos y podemos creer, de que tenemos el privilegio de creer en Jesús. Pero ahora elogiará la fe en un sentido diferente.

Esto no es fides qua, QUA, sino fides quae , QUAE. Y eso significa la fe en la que se cree. Existe mi fe personal, pero ¿en qué estoy creyendo? Y creo en un Jesús que hizo ciertas cosas que tienen cierto significado y trascendencia.

Y se puede cuantificar eso y confesarlo. De hecho, la iglesia, desde el siglo II, tenía una confesión, hoy llamada el Credo de los Apóstoles, que dice cosas muy concretas sobre Jesús. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, murió, fue sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, ascendió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre, y de allí vendrá a juzgar a vivos y muertos.

Esa es la fe . Esa es la fe cristiana en cuanto a Jesús. Es un resumen de algunas de sus acciones y las razones por las que lo equiparamos con Dios Padre.

Creo en Dios Padre, creo en Jesucristo, su único Hijo, creo en el tercer artículo del Credo: el Espíritu Santo. Esa es una declaración de la fe cristiana. Y Juan elogia la fe cristiana aquí.

Él ya ha elogiado mi fe, tu fe. Y es maravilloso creer, pero tienes que creer en lo que es la fe . La fe en la fe, o simplemente la fe genérica, no es verdadera fe.

Tiene que ser fe en quién realmente se manifestó Cristo, quien mostró a Dios tal como es. Este es el que vino por agua y sangre, Jesucristo. No solo por agua, sino por agua y sangre.

Y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio: el Espíritu , el agua y la sangre, y estos tres concuerdan. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios.

Porque este es el testimonio de Dios: que nació de su Hijo. Fíjense en esto. Este es el testimonio de Dios.

Esta es la verdad sobre aquello en lo que depositamos nuestra fe. El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo. El que no cree en Dios, lo ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo.

Y este es el testimonio: que Dios nos dio vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida.

Algunas observaciones. Primero, el agua y la sangre del versículo seis probablemente se refieren al bautismo de Cristo y su crucifixión. Ahora bien, existen otras teorías al respecto.

No voy a entrar en detalles. Solo diré que probablemente se trata de Jesús al principio de su ministerio. En el Evangelio de Juan, se le llama el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo por medio de Juan el Bautista.

Juan lo bautizó, y esto inauguró su ministerio mesiánico. Y luego vino también a morir, y derramó su sangre por el pecado. En segundo lugar, el Espíritu, el Hijo y el Padre, a lo largo de todo este pasaje (fíjense en las letras rojas).

Tienes a Jesucristo o al Hijo, a Dios o al Espíritu. Todos dan testimonio de que Jesucristo vino. Cumplió su misión.

Cumplió su misión. Y esto es parte de la fides. quae. Esta es la fe.

Jesús cumplió su misión como Hijo de Dios. En tercer lugar, los creyentes se identifican con las declaraciones de este párrafo. Quien cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo.

Así que la fe está presente en mi fe, en mi fe como creyente. Ahora bien, John quiere recalcar esto porque acaba de ver a un grupo de personas abandonar la iglesia o las iglesias, y una de las razones por las que se fueron fue porque no creían en la venida de Jesucristo en el sentido que Juan presenta aquí. Había algo en Jesús que era diferente.

Que no murió por el pecado ni era el Hijo de Dios. Hay muchas maneras de equivocarse al concebir a Jesús. Pero Juan está casi al final de su carta.

Está recalcando lo que creemos sobre Jesús, lo que le permite hacer las grandes cosas que le atribuimos. Y los creyentes se identifican con esas declaraciones. Y si no te identificas, necesitas repasar tu conocimiento de Jesús, el Hijo de Dios, ampliar tus horizontes y asegurarte de estar conectado con el Dios que se reveló en Jesús en su plenitud, quien vino e hizo todo lo que las Escrituras nos dicen que hizo y en lo que nos invita a tener fe.

En cuarto lugar, lo que estamos llamados a creer acerca de Cristo resulta en vida eterna si aceptamos lo que él ha hecho. También resulta en lo contrario si lo rechazamos. Como ya vimos, los cismáticos se han ido.

Tienen una visión diferente de Jesús. En 3 Juan, leemos sobre Diótrefes. Él no aceptó la autoridad de Juan y expulsó a quienes intentaban imponer la perspectiva apostólica.

No iban a tener vida eterna a menos que hicieran algunos cambios. Quien tiene al Hijo tiene la vida. Y Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo.

Así pues, esta es una maravillosa recomendación de la fe mediante la cual Dios realiza su obra de reclamar a los pecadores para sí, haciéndolos parte de su familia y alistando a las asambleas de Dios, de Cristo, alrededor del mundo, que escuchan su voz, comparten su mensaje salvador y viven su amor mutuo y con el mundo en general. Llegamos a la séptima sección de 1 Juan. Esta es una admonición final, y hablará sobre el Dios verdadero y también sobre la amenaza de los impostores.

Así que, primero, consejo sobre los pecadores y el pecado. Si alguien ve a su hermano cometer un pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida. A quienes cometen pecados que no son de muerte, hay pecado que sí lo es.

No digo que se deba orar por eso. Toda mala acción es pecado, pero hay pecado que no lleva a la muerte. Se han escrito muchas páginas sobre estos versículos, y no hay un consenso generalizado entre los comentaristas sobre su significado exacto. No intentaré resolver el problema en esta lección, pero sí intentaré mencionar algunas cosas que considero aplicaciones o interpretaciones plausibles de lo que dice Juan.

Creo que podemos decir que los creyentes se sirven y se aman mutuamente, no condenándose mutuamente por sus inevitables pecados, porque todos pecaremos, pero lo haremos. Pero no deberíamos estar pendientes de los pecados de los demás ni condenarnos. Debemos orar cuando veamos a alguien hacer algo malo.

Quizás eso no sea todo lo que debemos hacer. Quizás necesitemos hablar con ellos. Quizás debemos intentar comprender qué están haciendo y, si tienen alguna dificultad, quizás podamos ayudarlos.

Pero esto nos muestra, creo, que Juan no cree, aunque dijo antes que nadie nacido de Dios peca, sino que sabe que en la comunidad de fe los creyentes tropiezan, y por eso debemos orar por la restauración. Dice que hay un pecado que lleva a la muerte, y yo no digo que se deba orar por él. Creo que esto se relaciona con lo que digo aquí en el punto dos.

Algunos pecados son fatales. Hay pecados que conducen a la separación de Dios. Y en el contexto más amplio de 1 Juan, sugeriría que estos incluyen los pecados de incredulidad, como estar en la iglesia pero no creer en Cristo, o no estar en la iglesia y no creer en Cristo.

Serían pecados como la iniquidad. Dijo que el pecado es pecado, pero también hay pecados que son una rebelión drástica contra Dios. Quizás incluso, quiero decir, a veces en esta conversación, la gente menciona lo que Jesús llama el pecado imperdonable: blasfemar contra el Espíritu Santo.

Y sí creo que existe una relación. No sé cuál es exactamente, pero sin duda es un pecado mortal. Si Jesús dice que quienes blasfeman contra el Espíritu Santo jamás serán perdonados, ese es definitivamente un pecado mortal.

Así que algunos pecados son terminales, y él dice que no digo que se deba orar por eso. Creo que está diciendo que no todos los creyentes deben involucrarse en la intercesión por cada pecado del que se enteren. El final de Judas habla de mostrar misericordia, pero hacerlo en algunos casos con temor, porque a veces es peligroso involucrarse en la vida de alguien con un comportamiento muy destructivo y que podría ser perjudicial para la salud si se intenta ayudarlo.

Hay muchos casos en los que la gente ha intentado ayudar a otros y se ha visto envuelta en la situación, lo que también los ha derribado. Desde fuera, puede ser difícil determinar si el pecado de alguien es un pecado de muerte o no. Así que Juan no está diciendo: «Mira, lo que sea que veas hacer a la gente, acéptalo y aguanta hasta que lo arregles».

Los pecados de muerte no se pueden arreglar. Y creo que, si leen todo el libro de Jeremías, verán que dedicó unos 40 años o más a una ciudad y un pueblo que se estaban alejando de Dios, y Dios los iba a juzgar. Luchó con su ministerio, pero en general, amó a esas personas.

Estaba comprometido con esa gente. Y en tres ocasiones, Dios tuvo que decirle a Jeremías: «Deja de orar por ellos». Y la razón fue que, cuando nos entregamos a la compasión y a la oración por las personas, nos identificamos con ellas, y es posible que, de alguna manera, nos pongamos de su lado y nos mostremos más comprensivos con ellas que con Dios.

Y aparentemente Dios sintió que Jeremías se estaba enojando tanto por el juicio que este pueblo iba a sufrir a manos de Dios que le dijo: «Quiero que te separes de mí. Regresa a mí. Esto te está molestando demasiado».

Yo me encargaré de lo que te molesta, pero debes ser fiel en tu predicación a estas personas para que quienes se arrepientan tengan la oportunidad de hacerlo. Este es

otro ejemplo de cómo el amor discierne. Podemos amar a quienes vemos descarriarse, pero no podemos permitir que el amor por quienes vemos descarriarse nos aleje de Dios.

Y puede suceder. Así que Juan no dice que no oren por ellos. Dice: « No les digo que deban orar ».

Tienes que decidir cuánto involucrarte con personas que podrían estar pecando de tal manera que esto lleve a la muerte. No lo sabríamos en esta vida, porque hasta que mueran, no sabemos si sus pecados los han llevado a una separación eterna de Dios. Algunas personas se arrepienten de sus pecados en su lecho de muerte.

Última observación, versículo 17: toda mala acción es pecado, pero hay pecado que no lleva a la muerte. Por lo tanto, este es un pecado que podemos confesar y recibir perdón. Y este es un pecado que Jesús vino a quitar, y lo quita.

No todos los pecados son iguales. No todos los pecados son iguales. Así que no abandones tu lucha contra el pecado solo porque digas: «Bueno, el pecado es pecado y soy culpable de pecado, ¿para qué preocuparme?». Algunos pecados son realmente indicativos de un corazón que no conoce a Dios.

Y simplemente no queremos estar cerca de eso. Y por la gracia y la fe de Dios, no hay razón para que nos consumamos en el temor del juicio por no ser perdonados. Tenemos la seguridad de la salvación.

Juan concluye su carta en esta sección, que llamo la amonestación final, el Dios verdadero y la amenaza de los impostores. Aconseja sobre el pecado y los pecadores. Y ahora hablará de lo que llamo la marea que une y su último llamado pastoral.

Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios no sigue pecando, sino que nació de Dios, y eso lo protege. Es decir, Cristo, quien nació de Dios, también lo protege, y el maligno no lo toca. Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el poder del maligno.

Y sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento. Puedes traducir eso también como comprensión, para que conozcamos al que es verdadero. Y estamos en el que es verdadero en su hijo, Jesucristo.

Él es el Dios verdadero y la vida eterna. Observen en cada uno de esos tres versículos: « Lo sabemos, lo sabemos, lo sabemos ». Estas son declaraciones de fe.

Estas son declaraciones de la fe cristiana. Son certezas sobre las que podemos construir nuestra fe personal. Y estas declaraciones garantizan a los lectores su identidad.

En primer lugar , en el versículo 18, sabemos que todo aquel que nace de Dios no sigue pecando. Está protegido. El maligno no lo toca.

Esa es nuestra identidad. También, protección y origen. Y he mencionado identidad dos veces.

Supongo que es muy cierto . Quienes somos, somos de Dios. Y sabemos lo que Cristo hizo y quién es.

Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado una comprensión de todo lo que Juan ha dicho. Para que podamos conocer al que es verdadero, ese conocimiento es la coordenada Z.

Es la línea del amor. Es la relación con Dios. Es la conexión que tenemos con Dios.

Podemos conocerlo y estar en él, el verdadero, Jesucristo. Y este es uno de esos versículos de las Escrituras. No lo hacen siempre, pero llaman Dios al Hijo de Dios.

Él es el pronombre griego. Existe autos. Es el mero demostrativo, el pronombre casi demostrativo.

Se refiere a esta persona. Así que, también podría traducirse como este, el Hijo, Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna.

Ese es el vínculo que nos une. Compartimos certezas sobre lo que Dios ha hecho, quién es Dios. Y esa es realmente la base de la comunión cristiana.

No se trata solo de que nos caigamos bien o de que nos guste la comida que llevamos a las cenas compartidas. La base de nuestra comunión es la identidad del Dios que nos ha llamado a estar juntos. En el último llamado pastoral, hijitos, ahí está esa palabra de nuevo: la devoción y el compromiso de un creyente mayor con todos los demás.

Un creyente apostólico tan humilde que se autodenomina anciano en otras cartas. «Guardaos de los ídolos». Éfeso tenía una larga historia de veneración de ídolos.

Si lees Hechos 19, cuando se fundó la iglesia, los idólatras se amotinaron porque los cristianos perjudicaban su negocio. Todos compraban ídolos. Así que ese es un sentido en el que podemos hablar de ídolos.

Pero, en términos más generales, la palabra ídolo, eidolon, es en realidad afín a nuestra idea de palabra. Es algo que uno imagina. Y en el mundo grecorromano, las diversas etnias y regiones tenían deidades.

Ahora bien, ninguna de ellas era real, sino manifestaciones espirituales en las que la gente creía. El diccionario griego de esta palabra, el diccionario Bauer, Denker, Arndt y Gingrich, la define como deidades de las naciones que carecen de realidad y, por lo tanto, son producto de la fantasía. Son creadas por manos humanas, si las consideramos como una especie de efigie, de plata, madera, oro o piedra, una especie de pequeña estatua.

Pero no creo que esté advirtiéndome tanto sobre las estatuas. Creo que advierte sobre las cosas que la gente imagina sobre Cristo, o sobre los mandamientos de Dios, o sobre la relación con Dios, sobre la que ha estado advirtiéndome durante cinco capítulos. Cosas que, digamos, están un poco desfasadas.

Cosas que no son correctas ni verdaderas. Y nos entregamos a un compromiso religioso inválido porque es una fantasía. Hoy en día, y durante años, oímos: «Soy espiritual, pero no soy religioso».

Creo en la espiritualidad, pero no en la iglesia. No creo en Dios ni en Cristo, pero soy una persona muy espiritual. Eso es pura fantasía.

Y supongo que es bueno si te hace sentir bien, pero esto es lo que advierte Juan. Cuídate de imaginar cosas cuya verdad deberías descubrir en las Escrituras y que deberías ver confirmada en tu vida en la comunidad cristiana. Y deberías crecer en ellas a medida que el amor de Dios se perfecciona en ti.

Y a medida que crece tu comprensión de Cristo, su magnificencia y su unidad con el Padre, y a medida que tu vida se caracteriza cada vez más por andar en el camino y la enseñanza que Dios tiene para sus hijos, estas son grandes metas y grandes caminos de progreso que nos esperan a todos, pero podemos descarrilarnos por fantasías.

Así que, mejor no ahondamos en eso. Los lectores o los oyentes de 1 Juan podrían imaginar muchas variantes de lo que solo se conoce verdaderamente mediante la fe, lo que lleva a las obras como expresión de amor. Esa es la fe plena.

Juan concluye llamando a la vigilancia contra las falsificaciones. Y a mantener la condición de sus hijos pequeños como hombres y mujeres de verdadera fe. Y me encanta que en el último versículo los llame hijos pequeños.

Los llama a reflexionar sobre quiénes somos realmente. Somos hijos de un Dios que depende radicalmente de su firmeza y gracia, que nunca escasean. Pero lo que a veces escasea es la humildad que necesitamos y la constancia que necesitamos para animarnos a mantenernos en sintonía con el Dios verdadero que se ha manifestado en Jesucristo.

Así que les encomiendo a ese Dios. Les encomiendo al Dios que es luz. El mensaje es amarnos unos a otros, el mensaje es creer, seguir los mandamientos y disfrutar del amor de Dios.

Permítanme orar. Padre Celestial, gracias por las Sagradas Escrituras. Gracias por lo que le enseñaste a John y por las lecciones que le enseñaste.

Gracias por las lecciones que enseñó a la comunidad en su época. Y oramos para que camines y trabajes entre nosotros, nos enseñes estas lecciones y nos ayudes a ser la iglesia de nuestros días, como tú llamaste a la iglesia en... El día de Juan será. Para tu gloria en este mundo y en la eternidad, en el nombre de Cristo. Amén.

Este es el Dr. Robert Yarbrough y su enseñanza sobre las Epístolas Juanas, Equilibrando la Vida en Cristo. Esta es la sesión 8, 1 Juan, Fe a Gran Escala. Sección 6, [4:15-5:15] Instrucción Necesaria; Sección 7, [5:16-21] Amonestación Final.